

Reseñas

Cultura política, nacionalismo, estructuras afectivas

Una de las virtudes del número 37 de la revista *Nueva Antropología* radica en su diversidad reflexiva y la actualidad de sus contenidos. Éstos abarcan desde enfoques diversos del objeto de estudio hasta resultados que “aterrizan” en un aspecto concreto y reciente del mismo; como son: las elecciones presidenciales en el país, la cultura política de sectores populares, las elecciones en el estado de Hidalgo, etnicidad en Nicaragua, entre otros. De inicio, esta diversidad temática puede fomentar apertura en la discusión y creatividad en el análisis. Al adentrarse uno en la lectura de los artículos se percata de que sus autores han dedicado ya meses o años de reflexión, estudio y docencia a esos temas. Dada la abundancia del material presentado en este número retomo en mis comentarios, como pretexto para una reflexión recién iniciada, sólo tres temas.

En primer lugar me referiré a la tesis de Roberto Gutiérrez acerca de la cultura política de la izquierda mexicana cuya “crítica a la identidad política basada en el doctrinismo marxista tradicional no fue acompañada de un proceso de reelaboración ideológico-cultural” (p. 113). En su análisis, Gutiérrez, a pesar de constatar algunos logros del neocardenismo, como es, por ejemplo, su énfasis en el plano político de lucha, se opone a darle su bendición incondicional a causa de lo que él concibe como un malestar añejo, aún no superado, de la izquierda mexicana en general: “una cuestión que aún ahora no ha sido saldada: [es] aquella que se refiere a la definición de la naturaleza y función de un partido político.” En México la democracia está por construirse, puesto que la actuación de las izquierdas en el proceso electoral de 1988 se caracterizó por una lucha por pequeñas cuotas de poder, lo que obstaculizó la postulación de candidaturas únicas. Ante la tarea de construcción del “nuevo nacionalismo mexicano” la pregunta, según Gutiérrez; sigue siendo: ¿cómo pensar y vincular la noción del socialismo con la justicia social, la democracia política y la soberanía nacional?

Ésta me parece una cuestión medular que además está vinculada con la pregunta por la construcción de la cultura política de sectores populares a nivel de experiencias y representaciones individuales tocada por Guillermo de la Peña, por una parte, y por la otra, con aquello que Larissa Lomnitz *et al.*, sugieren distinguir en su artículo sobre la campaña presidencial

del PRI y su imaginaria nacional, como vertiente cosmológica del “mito de la nacionalidad mexicana”.

Es de sobra conocido que así como no existe una historia única de algo, tampoco existe una sola acepción o concepto de democracia o de lo que es “nacionalismo” o “nacionalidad”. La diferencia entre los diversos conceptos me parece que radica en cómo dialogan con la noción y la realidad del poder. En este sentido el “malestar” acusado por Gutiérrez relativo a las izquierdas mexicanas parece ser un virus que —a diferencia del de sida— tiene una larga historia pero que tiene en común con éste su propagación universal.

Al respecto, sobran ejemplos que confirman la ausencia ya no digamos de democracia de base, sino de falta de libertad de expresión. Si por democracia se entiende la construcción de un partido desde abajo hacia arriba, de manera descentralizado, o sea y en palabras de Brecht, la voluntad y realidad de que, para variar, “llueva de abajo hacia arriba”, podemos decir que ello más bien ha sido una exigencia de los socialistas críticos que un hecho del socialismo “real”. Tal vez a los que estamos desilusionados ante el tipo de personalidad y corrupción hasta fascista, no como único, pero sí como uno de los resultados del socialismo real alemán por ejemplo,¹ nos toca ahora preguntarnos por aquello que en el marco de las teorías y prácticas socialistas y marxistas produce y reproduce a la falta de democracia de base, el centralismo etc. El esfuerzo por repensar el vínculo libertador entre la noción de socialismo con la justicia social, la democracia política y la soberanía nacional, parece, desde este punto de vista, rebasar la cultura de la izquierda en un solo país. En 1974 Günter Grass, quien es de filiación partidista socialdemócrata, se pronunció por sustituir la denominación marxismo-leninismo por la de leninismo-stalinismo. Según su análisis, esta última expresa al desarrollo histórico vivido, ya que la intolerancia y los crímenes estalinistas fueron posibilitados justamente por la autocracia y el elitismo partidista de Lenin, Trotsky y otros, quienes recurrieron a la represión para acallar la oposición de obreros y marinos de Kronstadt y Petrogrado escasos tres años después del

¹ Aquí cabría decir que muchos de los análisis y analistas mexicanos del “derumbe socialista”, en especial del caso alemán, parecen hacer una equivalencia entre, por ejemplo, penuria económica de los alemanes del Este, definida en términos de la cultura política como “lo progresivo”, y opulencia económica de la sociedad alemana occidental traducida en una cultura política “consumista e imperialista”. Hay muchos indicios y análisis que refutan estas equivalencias fáciles y dicotómicas. Si bien es cierto que durante el periodo de la posguerra la RDA pagó incomparablemente más que la RFA por la pérdida de la Segunda Guerra Mundial y actualmente sufre un desempleo injusto a todas luces, es igualmente cierto que tanto la experiencia de un pasado socialista como la realidad actual no lograron una personalidad y una cultura política menos autoritaria y menos fascista de los alemanes del Este. Al contrario y con respecto a las actitudes antiextranjeras y cuasifascistas así como su organización política (Partido Republicano), éstas tienen un auge mucho mayor que en Alemania occidental.

triunfo de la revolución bolchevique. Como se sabe; esta práctica represiva dejó hondas huellas en la práctica y la mentalidad socialistas (Grass, 1990:59 y s.) que, entre otros muchos, también tuvo sus paralelos en el Partido Comunista Mexicano. No obstante, y como también reconoce Gutiérrez, hay indicios de movimientos populares contestatarios al centralismo así como de menor dogmatismo y más flexibilidad en el pasado reciente de las izquierdas mexicanas.

Hay aquí, pues, un problema que no sólo rebasa a la cultura política de los partidos de la izquierda de un solo país; sino que también se resiste a explicaciones puramente económicas y clasistas. En este sentido también se expresan algunos de los artículos del número de la revista. Por una parte, llevan una crítica implícita al reduccionismo economicista y clasista subyacente a algunos modelos de análisis de la cultura política y, por otra, intentan andar caminos analíticos más abiertos. Por ejemplo, Guillermo de la Peña habla de una sobrevaloración de un modelo que ha bautizado como tipo ideal de cultura política clientelista. Como reconoce el autor, si bien este tipo de cultura política responde a desigualdades sociales y de clase, no es de menospreciarse la propia trayectoria vital individual y familiar que puede producir una “euforia comunitaria” y ser asimismo determinante para el tipo de cultura política manifestada.² Aquí el análisis de la cultura y del imaginario político en construcción otorga un lugar más destacado al trasfondo familiar y llama la atención hacia factores que rebasan lo meramente clasista. O sea, se reconoce que la cultura política y sus expresiones también tienen una base y estructura afectivas. Me explico: si por lo menos parte de la construcción del imaginario político obedece a expectativas y esperanzas forjadas en el ámbito familiar y sus redes afectivas y de poder, tal vez entonces no nos resulte ya tan paradójico el hecho de que más de la mitad de los entrevistados por De la Peña expresen sentimientos de hostilidad no hacia los ricos, sino hacia el gobierno. Esto sugiere que, más allá de la determinación clasista, los procesos de construcción de principios ordenadores y de seguridad normativa presentes en la experiencia familiar se relacionan más o menos estrechamente con la imagen de lo que es el gobierno, el Estado y las expectativas y frustraciones generadas en la interrelación.

Benedict Anderson (1988) señala que, al contrario de lo que sucede con otras ideologías modernas, el nacionalismo ofrece respuestas a cuestiones trascendentes e inevitables de la vida humana como son la muerte y el dolor, creando así una continuidad de la “comunidad imaginada” y de ese modo transforma en sentido lo contingente. En esta misma lógica el nacionalismo comparte con las estructuras afectivas emanadas de lo que no se escoge ni se puede cambiar; esto es, la familia, el color de piel, el

² “Tomar en serio el concepto de clase como una categoría *histórica* implica dejar de verla como una varita mágica que vuelve homogéneo y predecible un conjunto humano que, al enfrentar problemas de sobrevivencia y convivencia, *construye* interpretaciones complejas de su vida cotidiana” p. 105.

sexo, etc., una estructura afectiva que no sólo está teñida de odio y de escisión, sino también de años y de sacrificio. Y esto porque lo inevitable adquiere la apariencia de estar totalmente fuera del ámbito de intereses. Como señala De la Peña, desde el punto de vista de los sujetos y a pesar de la existencia de redes de poder económicas concretas y cotidianas, la familia por definición es entendida como solidaria, desinteresada y sigue siendo punto de referencia primordial en lo moral y en lo afectivo. Que estas estructuras tienen un alcance nada desdeñable en lo político y no son fácilmente accesibles al sentido y al sentir común, se muestra cuando uno se pone a reflexionar por ejemplo³ acerca del papel de la mujer como madre y educadora de hijos varones que son por lo general inducidos a reprimir sus emociones tipificadas como femeninas. Por lo común, el resultado de este proceso son hombres que se vuelven obsesivos y neuróticos adictos a la mujer, inmaduros emocionalmente, y el beneficiario de este proceso, entre otros, es justamente la maquinaria represora del Estado, quien los recluta más fácilmente para el ejército y otras instituciones similares. De allí que al feminismo le ha faltado una distancia crítica a su propia radicalidad así como una denuncia no sólo de la mujer como víctima sino también como victimaria.

Señalar estos campos problemáticos y hacer un esfuerzo por su definición me parece no solamente meritorio sino también una señal de que, y por así decir, se está en camino de “democratizar” y “desdogmatizar” la investigación así como la mentalidad del investigador.

Por último quiero referirme al análisis que hacen Larissa Lomnitz *et al.*, relativo a la campaña presidencial del PRI y, en específico, a la imagen de nación que ésta proyecta. En analogía con Anderson, se concibe a la nación como una “comunidad imaginaria”, cuyo rostro moderno fue forjado desde el Estado y el PRI sobre todo. En este “mito nacional” que es revitalizado en cada acto electoral desde el lado del poder centralizado, se distingue entre el orden cosmogónico o histórico, el que se refiere a los orígenes de la mexicanidad, y el orden cosmológico, o sea, el referente del lugar que los diversos grupos ocupan en esta idea y este ritual de nación. Según Lomnitz *et al.*, lo cosmogónico fundamenta y legitima lo cosmológico. Por lo tanto es lo cosmológico lo que debe recibir una mayor atención analítica, ya que los científicos sociales en su afán por analizar la simbología de lo cosmogónico (los orígenes), tienden a olvidarse de lo

³ Wilfried Wieck (1990). En el mismo sentido de lo afirmado antes, cabría agregar que es verdaderamente escandaloso lo declarado por una dirigente, Rosemary Dempsey, de la National Organization for Women de los Estados Unidos de América, quien a propósito de los temores de violación sufrida por los soldados femeninos del ejército estadounidense en el Golfo Pérsico (que son 27 000 hasta la fecha) dijo: “La violación no es un problema específico femenino, ya que también los hombres pueden ser violados”. Esta organización además pugna porque a las mujeres en el ejército se les permita participar directamente en los combates. Cita do según *Der Spiegel*, núm. 7, del 11 de febrero de 1991.

cosmológico y, como consecuencia, caen en la tentación de sustituir el todo por las partes. Sucumben así en la creación de nuevos mitos nacionales, dejando incólmes las relaciones de inclusión/exclusión, de subordinación etc., del orden grupal y de poderío actual de la integración nacional. Así sucede que grupos como los indígenas, las mujeres, los “desposeídos”, derivan su lugar, más que de influencia actual y real, de su sitio importante en la cosmogonía. El lugar de los demás grupos (como pueden ser empresarios, sindicatos y asociaciones locales) se deriva del orden cosmológico (u orden nacional) actual determinado por las cuotas de poder conquistada en cada caso. Así, el orden nacional está regido por dos ejes: uno vertical, que incluye los caminos del poder de los tres grandes sectores del PRI, culminando en el gobierno federal, y otro horizontal, que denota a los grupos regionales. Éstos, según sea el caso concreto, son dominados ya sea desde la lógica de la cosmogonía o por la de la cosmología.

Me parece que esta propuesta analítica tiene un mérito, en el hecho de que ayuda a esclarecer esta “dramatización de la vida nacional” realizada por el PRI. Contribuye, además, a contrarrestar al mito, harto reproducido entre la izquierda de todas partes y también la mexicana, que el nacionalismo y sus quehaceres se resumen simplemente en términos de “fabricación de falsos hechos” o de falsa conciencia, y son, por tanto, “ideología” en el sentido más chato: ideología peligrosa además, por su identificación frecuente con el chauvinismo, el imperialismo y el racismo. El enfoque de Lomnitz *et al.*, tiene la virtud de dejar en claro cómo de manera empírica y en el orden simbólico se trata de una construcción de lo nacional desde el poder, es decir, “la idea misma de lo nacional como la última instancia de solidaridad entre los habitantes de México” (p. 81). Analizar cómo esta idea misma expresa tanto en su ritualización como en su concepción, la antidemocracia y la realidad vertical contribuye a esclarecer también factores más dinámicos que, apelando a la cosmogonía y el origen, buscan legitimarse en la “tradición”, igualmente construida para estos fines.

Llamar la atención hacia temas como el nacionalismo, cuyos análisis durante mucho tiempo adolecían de reduccionismos estériles y que además en la realidad, también mexicana, están a la orden del día, me parece loable. A la vez, repensar lo nacional no sólo en términos de lo que es desde el poder, sino también desde una tradición opuesta a él, es un paso urgente en el camino de la crítica a la modernización discursiva y real actual cuya deseabilidad, con su apología ciega del progreso y del desarrollo, acarreó desde hace mucho consecuencias nefastas. Profundizar en el análisis empírico y conceptual de lo nacional, tanto de lo imaginado por el poder como por sus alternativas, me parece que es eje constitutivo de la relación libertaria entre socialismo, justicia social y soberanía nacional, así como tarea urgente en el proceso de la democratización de los partidos de la izquierda.